



**RAMÓN  
PERNAS**

**El libro  
de los  
adioses**

RAMÓN PERNAS  
EL LIBRO DE LOS ADIOSES



ESPASA  NARRATIVA

© Ramón Pernas, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Espasa Libros, sello editorial  
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 19.493-2019  
ISBN: 978-84-670-5682-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

## ÍNDICE

A .....	11
1. La vida según pasaba .....	15
2. La última noche de mi vida .....	41
3. Leonardo del Río .....	61
4. <i>De senectute</i> .....	75
5. Amanda .....	87
6. La hora de la siesta .....	109
7. La cara y la cruz .....	127
8. El bulto .....	147
9. Cuarto izquierda .....	159
10. Capítulo uno .....	169
11. El portal .....	189
12. Al mediodía .....	197
13. Una locura .....	207
14. El menú .....	211
15. Querido maestro .....	217
16. Al norte .....	225
17. Vilaponte .....	231
18. Y después .....	253
19. <i>Nota bene</i> .....	259

## A

Cuando cumplí dieciséis años me regalaron *El árbol de la pasión*, que lo leí de un tirón. Volví a su lectura en varias ocasiones. Fue mi texto de cabecera, la obra que me animó a estudiar filología en contra del criterio de mi madre.

En la facultad solo pretendía, ingenua de mí, saber todos los porqués de su narrativa; durante los cinco años que duró la carrera me convertí en una especialista.

Comencé mi tesina sobre *A través de la niebla*, pero el que iba a ser mi director de tesis falleció tras sufrir un infarto y abandoné mi proyecto, consistente en el uso de los tiempos verbales y el subjuntivo en sus tres grandes novelas: *Jardín de invierno*, *El árbol de la pasión* y *A través de la niebla*.

No llegué a redactar la tesina y mucho menos a realizar el doctorado. Pero no abandoné mi obsesión y profundicé en su catálogo léxico, aprendí a construir oraciones elípticas a las que era tan dado, e incluso después de cientos de análisis textuales, aprendí a hablar, a expresarme, como él hablaba.

Visioné todo el material fílmico existente, cinco entrevistas de *Nodo* y de Televisión Española, la última de Soler Serrano, que duraba una hora.

Quería ser como pensaba que era él.

Al terminar la carrera me orienté por las traducciones de libros con los que crecí y abandoné en cierto modo mi pasión por mimetizarme, por ser su *alter ego* femenino. Si él era el haz, yo fui el envés.

Eduardo, mi pareja, no compartía mis afanes y minimizó dialécticamente mi deseo de ser una caricatura, o eso pensaba, de quien yo tenía en mi altar literario.

El tiempo que compartimos me fue alejando de mi vana pretensión y mi autor pasó a un segundo plano.

No he sabido ser una mujer compleja; más bien opté por esa sencillez rayana con la simplicidad. Siempre dependí de alguien, de mi madre, de Eduardo, de él.

Mi primer trabajo fue en una editorial, mi primer y único trabajo, que compatibilicé traduciendo a Jane Austen, a Louise M. Alcott y gran parte de las grandes obras de la literatura inglesa del siglo XIX. A ellas les dediqué gran parte de mi vida.

Me refugié en lo que otros escribieron. No he tenido talento para la creación, para escribir, que en el fondo es lo que más he deseado.

Llegué a esta casa cuando el maestro acababa de cumplir setenta y cuatro años, ya van más de cinco, casi seis. A veces me asusto, pues me sorprende hablando como él, y quizás viviendo como él vive.

Llegué a esta casa para desempeñar un encargo de mi patrón, de quien me dio trabajo hace ya muchos años. Me pareció fantástico, pues veía cumplirse, lo que son las casualidades, un viejo sueño de juventud.

## B

Pertenezco al equipo fundador del periódico, que salió a la calle justo antes de comenzar la Transición política. Estuve en cultura de gacetillero de lujo, cubriendo presentaciones de libros, exposiciones y hasta estrenos de cine.

Por mi cultura libresca, en gran parte impostada, y mi vocación descubridora de novísimos y demás vanguardias, pronto pasé a ser el responsable de la sección de libros y, al poco tiempo, el diario creó un suplemento semanal de cultura, «Alejandría», así llamado por su legendaria biblioteca, y creyeron conveniente que me ocupara de su dirección.

Me convertí pronto en un crítico agudo y celebrado, aunque también temido y admirado. Nunca me importó ser parcial ni respetar los cánones de quienes me precedieron en el oficio de ejercer la crítica de libros.

Eran años en los que todo nos parecía recién inaugurado y el mundo estaba por descubrir. Y, sin quererlo, me convertí en la gran referencia de la Movida que cambió Madrid, España y aquel pequeño mundo encorsetado con el que nos había castigado la dictadura franquista.

Por alguna razón compensatoria, cuando dejamos atrás la Movida, me dediqué a la recuperación de los viejos escritores y de su obra buscando los porqués de sus silencios, de sus deserciones del mundo editorial español de estos últimos años.

Primero fue mi acercamiento a Ana María Matute, y a la otra Ana, la Moix, y desde hace algún tiempo me encerré jueves a jueves con el maestro en su casa. Pronto cumplirá ochenta años y con ese motivo iba a entrevistarle en profundidad para las páginas de verano del periódico.

Conocí a su supuesta biógrafa, una especie de secretaria que vivía gran parte de su tiempo con él y que había llegado a hablar, a expresarse igual que el maestro.

Este curso tomaré distancia y durante tres meses voy a Norteamérica. Me han invitado de profesor visitante en la universidad de Boulder, en Colorado.

Volveré antes de su cumpleaños, que coincidirá con la edición de una nueva novela de encargo.



## LA VIDA SEGÚN PASABA

Sufría uno de sus frecuentes ataques de melancolía, que de un tiempo a esta parte se repetían más de lo previsto. Estaba especialmente emotivo. Los recuerdos llenaban los huecos prolongados de la tarde y vivía en otro mundo. Un universo pequeño construido a su medida con conversaciones antiguas acerca de sucesos banales, sin importancia, y que tenían el eje dialéctico en el estado meteorológico del pueblo en donde había nacido y que estaba a más de seiscientos kilómetros de distancia de su ciudad.

Ciudad que no era especialmente hostil, pero que ya no le gustaba; le molestaban las prisas y la lejanía de casi todo, le costaba un duro esfuerzo organizar su tiempo e incluso la radio, a la que fue tan aficionado, ya no distraía ni su ocio ni su insomnio.

Leía lo justo; él, que ha sido un voraz lector, y lo justo era volver sobre viejos textos amados que ya casi no recordaba. Retomaba la *Ilíada*, repasaba *La montaña mágica*, se distraía con *El Aleph* y disfrutaba, no como antaño, releyendo *Rayuela*.

Echaba de menos su pueblo, las esquinas donde de niño jugó al escondite o a policías y ladrones cobijándose, ocultándose en el ángulo de embocadura de

una calle. No soportaba estar lejos de la mar y pasear por la orilla de la playa, aunque eso era un pensamiento más literario que real, pues no paseó mucho que digamos cuando vivía en el pueblo. Soñaba muchas noches con su madre, que falleció hacía más de una treintena de años, y en sueños rodeaba a sus seres queridos de vecinos que ya no existían más que en su catálogo onírico. Y era feliz imaginándose un adolescente, conversando como un rapaz que se preguntaba insistentemente sobre el origen del mundo, sobre las especies de animales que el hombre aún no había descubierto, sobre el metro de platino iridiado, sobre el significado de la proporción áurea y sobre el misterio de la vida, antes de indagar acerca del misterio de los misterios que es la muerte.

Muchas noches, mientras dormía, era feliz soñando mundos reiterados que complacían su sueño e incluso su vigilia posterior.

Pero hoy estaba especialmente emotivo. Reconstruía una discusión juvenil que pretendía llevar al papel y no sabía si integrarla en una novela por escribir o incluirla como historia central en una de las colaboraciones que enviaba como nexos redentores al semanario de su pueblo, pese a que corría el peligro de haberla escrito previamente o de que se molestaran los protagonistas al verse reflejados.

Decidió posponer la decisión, pero como medida preventiva anotó el relato en una libreta con tapas de hule que siempre llevaba consigo. A lo largo de su longeva vida fue rellenando los cuadernos de apuntes, que le habían sido de gran utilidad y a los que

recurrió cuando la narración perdía vigor, que no era raro que así aconteciera.

Una tarde en la que viajó a su pueblo, organizó las dos docenas de libretas que guardaba celosamente y en las que fue registrando la vida según pasaba, las metió en un pequeño saco que en sus años de esplendor tuvo como destino ser bolsa para el pan y, acercándose a la punta del muelle, justo al final del rompeolas, las fue desgajando, desarmando de una en una, y todos aquellos apuntes, escritos de manera puntillosa con monjil letra redondilla, fueron arrojados al mar por riguroso turno.

Se sentía aliviado después de haber ahogado, o al menos sumergido en las profundidades del Cantábrico, su memoria, si no toda al menos una parte, que quedó registrada en los múltiples cuadernos con tapas de hule que jalonaron su vida de zascandil, de escritor complaciente, pero una vez doblado el cabo de Hornos de la edad, cuando ya su literatura era un ejemplo barroco de un pasado superado y cuando sus libros editados se vendían cada vez menos, y prácticamente nadie los pirateaba bajándolos gratis de la red al *reader*, se encontraba terriblemente desorientado y solo escribía muy de tarde en tarde.

Cobraba puntualmente los derechos de autor, que él llamaba desechos de autor, y los nuevos textos que dictaba para después ser revisados por su fiel Amanda, que desde hacía una larga decena de años escribía su biografía y reinterpretaba su vida.

Pero hoy estaba singularmente emotivo, se ancló en las arenas de un pasado que no recordaba muy

bien si fue el suyo o si lo leyó en una novela de Pavese o en un poema de Pessoa, aunque lo cierto es que recordar le venía muy bien y poco importa quién tenga la patente de los recuerdos, porque, al fin y al cabo, la historia de la literatura es una historia común que está llena de miles de páginas que se repiten cadenciosamente.

No asistía los jueves a las sesiones de la Real Academia, pues argumentaba no reconocer el diccionario ni la gramática. Desde la muerte de Ana María Matute se juramentó ir una vez por trimestre a recoger el correo, pese a la insistencia de Arturo Pérez Reverte, que se prestaba a acompañarlo, y él se lo agradecía cortésmente y pensaba que los viejos escritores eran una extraña debilidad del autor de Alatrüste.

No iba porque no quería ir, y ya casi nada le importaba. Abría y cerraba la puerta de la melancolía y temía los otoños, que ya pocos le quedaban; siempre tuvo los pies fríos, pero, cuando llegaba el otoño, era como si se le enfriara todo el cuerpo, desde las uñas de los dedos de los pies hasta donde comienza el abdomen. El frío iba ascendiendo cada noviembre hasta alcanzar, creía, la cabeza, que ya poco faltaba.

Pero ahora no era el caso, justo ayer cambiaron la hora al horario de verano y los días son notablemente más largos y ya comienza abril. Acaso por eso hoy está más emotivo y reprodujo en voz alta una leve discusión por asuntos de Semana Santa en los claustros de la iglesia de San Francisco de su pueblo, una conversación sin demasiado interés mantenida hace más o menos cincuenta años y que recordaba como si

tuviera lugar esta misma mañana. Los contertulios de aquel Jueves Santo estaban todos muertos, ya no podía reproducir la discusión, pues si bien rememoraba a los cuatro presentes aquel lejano día, ya no recordaba sus voces y era menester, para revivirla, volverla a escuchar.

El cambio de hora al horario de estío le alargaba, decía él, la vida, y jugaba con el sol a estirar el ocaso que se mecía en la ladera de la sierra, que era lo más bello que se podía divisar desde la ventana, más bien el ventanal, que enmarcaba con una visión que no se borraba nunca, su mesa de trabajo. La ventana estaba orientada al norte y el sol traspasaba su vidriera, y lo mismo sucedía con la noche, que oscurecía el cristal llenándolo de sombras.

Dentro de unos meses cumpliría sus primeros ochenta años. Se sentía terriblemente desvencijado y su coquetería lo mantenía vitalmente desganado, que es una pose que solo a un viejo escritor se le permite.

Tenía que escribir una nueva novela que saldría al mercado con motivo de su cumpleaños y el editor, su editor de siempre, fue muy generoso con el anticipo, acaso, pensaba, porque va a ser el último, y si así fuera, le permitiría vivir suficientemente bien hasta que Caronte lo invitara a subir a la barca.

Pero la pereza lo tentaba a no escribir otra novela. Siempre se confabulaba para editar la postrera, pero el azar iba encadenando nuevas propuestas narrativas y él se dejaba querer. Amanda era la urgencia amable, la prisa modosa, la tenacidad suavemente implacable. Con los inmensos ojos excesivamente abier-

tos, más parecía que en su mirada anidaban centenares de lechuzas, de búhos que clavaban sus ojos en cada palabra que brotaba en el ordenador, o en cada silencio que su biógrafa registraba cuando el viejo escritor se ponía a escribir.

Pero llevaba varios días solemnemente nostálgico o melancólico, que la frontera es invisible, y nada le parecía conveniente y era incapaz de reconstruir aquella lejana conversación en los claustros, pues la lluvia impidió que saliera la procesión a la calle.

Y era una pena, pues aquella escena sin recuperar ocuparía la primera página de su novela próxima de la que solo tenía el título, que ni siquiera era suyo, lo había visto en una película italiana y se lo había apropiado: *La última noche de mi vida*. Era su último o penúltimo gran reto, la novela encargada para su octogésimo aniversario.

Y le estaba dando vueltas mientras aguardaba que Fina le sirviera la cena. Durante muchos años esa mujer, casi tan vieja como él, se ocupaba de hacerle una frugal colación que en estos lustros siempre fue la misma. Cenaba una caldosa sopa de fideos, más caliente que templada, que estaba acompañada por un puñado generoso de picatostes, de pequeños dados de pan frito, que estos años alternaba con queso parmesano que rayaba sobre la sopa y espolvoreaba a su antojo.

Después de cenar, Fina recogía los dos platos, pues compartía condumio acompañando al ilustre comensal y a las nueve se retiraba a su vivienda, a su casa, una buhardilla cercana al domicilio a donde acudía a las doce del mediodía para limpiar la casa, preparar

la cama y, una vez por semana, hacer la colada y planchar. Una hora, alguna vez dos, era el tiempo que tardaba en realizar las tareas domésticas matutinas. Hacía las ocho regresaba para preparar la cena.

Amanda estaba desde que se iba Fina, antes de comer, hasta que volvía cada tarde. Menos los jueves, que la biógrafa se reunía con su amante, un señor casado y padre de tres hijos, que era escribiente en una notaría cercana. Veinticinco años amándose, y no era un juego de palabras con su nombre, avalaban la ya longeva relación de una tarde a la semana en una habitación de alquiler que les arrendaba una viuda. No tenían nada que decirse porque ya se lo habían dicho todo. Era una rutina reiterada. Llegaba de la notaría cuando ella ya estaba desnuda sobre la cama y, sin hablar, le aflojaba el cinturón y bajaba sus pantalones y el *slip*, que siempre era del mismo color gris, para a los cinco minutos ponerse encima de él y hacer mecánicamente el amor. Al terminar, no habrían pasado más de diez minutos, se arropaban en el lecho tapándose como si fueran a dormir. Más o menos una vez al mes, le decía que deberían hacer un viaje de un día entero y su noche a Toledo, a lo que ella contestaba que cuando él quisiera, que lo estaba deseando y que no había problema alguno por su parte para viajar juntos.

La comida se la hace traer de un bar gallego que está en la esquina: A Gaita; encargan para uno, pero como es abundante en exceso almuerza con Amanda. Los menús tienen como eje central los cocidos de los viernes en invierno y las paellas de los jueves en verano. Se puede decir que es variado, que alternan pesca-

do y carne, y los primeros son a menudo verdura de temporada. Amanda aporta del mercado fruta del tiempo y con frecuencia sube naranjas.

Ella cuida del trabajo intelectual; sin su presencia, el viejo escritor ya habría abdicado del oficio. Es un motor silencioso que hace que las bielas del cerebro y de las manos realicen su trabajo. El editor de siempre que editó las dos docenas de libros que escribió uno tras otro remunera con una pequeña cantidad la tarea de la biógrafa que, mientras tanto, recopila obras y datos, recuerdos e historias para un día escribir la biografía que ya tiene encargada. Amanda es filóloga, soltera y huérfana. Tiene unas tetas grandes, unos ojos inmensos y un carácter tan amable como su sonrisa. Ama en la distancia a quien cuida y protege, aunque no logra descifrar los secretos, que son multitud, de su biografiado, que es un señor mayor, hermético y presumido, coqueto y cascarrabias.

Los fines de semana la casa se queda sola, es decir, permanece solo en casa y pasa la mayor parte del día en la cama, acostado. Cuando es verano pasea en pelotas por salones y pasillos y es patético ver la viva imagen de la decadencia cantando una canción antigua después de comer una manzana, que una diaria es la dieta que se impone todos los veranos.

Pero hoy está torpe y triste, incapaz de reproducir aquella conversación que sostuvo hace cincuenta años, en el claustro del viejo convento un Jueves o un Viernes Santo. La recuerda, pero es incapaz de escribirla y es una pena porque tenía pensado abrir la novela contando ese y no otro sucedido.



Ahora riega las plantas, sus queridas macetas puestas en línea ocupando todo el alféizar de la ventana grande, las riega despacio mientras les habla a todas y cada una y les promete que, cuando broten las primeras flores, les va a poner música de Beethoven, la *Quinta sinfonía*, que tengo entendido les gusta mucho a las plantas de interior. Tendrá unas veinte, incluidos los cactus, todas se las han ido regalando, incluso aprendió sus nombres latinos, aunque ya casi todos se le han olvidado.

Cuida y mimas los anturios rojos, la gerberas, la dra-caena, los spartipilum, el geranio longevo y perezoso, la colección de cactus de los que desconoce el nombre menos el del ripsalis que se lo trajo de México su traductor norteamericano. No le fallan, son su pequeño ejército vegetal, un comando verde que lo acompaña y vigila la casa. Le gustaría que pudiera llamarlas por su nombre, pero tiene pendiente hacer un censo con nombres elegidos de un santoral floral que va posponiendo. A veces escoge nombres del sur como dama de noche o siempreviva, jazmín, y, cuando estalla la primavera, las perfuma con vetiver para que no olviden su memoria de campo.

El cuarto de trabajo, el de escribir, reproduce el de coser que tenía su madre en el pueblo. Era modista, la costurera que cortaba tanto un vestido como una blusa, modista unisex para niños y mujeres, pues la ropa de los hombres era negociado de los sastres.

Poco más o menos tendría los mismos metros cuadrados. Donde estaba la máquina de coser se ubica el ordenador que es un Mac nuevo, no tiene ni siquiera

tres meses y ha sustituido al viejo portátil que a su vez reemplazó a la antigua Olivetti, a la máquina de escribir de donde salieron tantas novelas. La modista tenía bien a la vista los figurines franceses *La Mode* o *La Femme Parisienne* de donde copiaba, reproducía, los vestidos que iban a lucir las jóvenes del pueblo. Él tenía un desorden perfectamente armónico de libros que había leído junto con otros que no pensaba leer y que autores noveles le enviaban con la pretensión de una frase laudatoria para imprimir en la faja, en una segunda edición. Tenía a bien no contestar, pues un tiempo atrás abandonó de manera radical el género epistolar, primero el correo ordinario y más recientemente los emails. No respondía ninguno y solo Amanda mantenía relación informática con el editor y solía contestar a las invitaciones para dar conferencias y cursos, en especial si procedían de universidades extranjeras, principalmente las anglosajonas y las italianas, con preferencia notoria por las del norte.

Escaseaban. Antes recibía no menos de diez invitaciones bien pagadas y con billete de avión en clase preferente, pero los vientos del olvido llegaron a su obra narrativa y no pasaban de tres o cuatro las convocatorias, que cada vez estaban peor retribuidas.

Sentado en su mesa de trabajo, pensaba que su tarea era idéntica a la de su madre: atados ambos a una máquina que realizaba la parte más dura de su trabajo, su madre cortaba y cosía telas, él cortaba frases y cosía palabras. Se enfrentaba de nuevo al papel en blanco, bueno, quiero decir a la pantalla vacía del ordenador. No sabía por dónde comenzar, le hubiera

gustado reproducir la conversación olvidada, sílaba a sílaba, que mantuvo un Viernes o Jueves Santo en el claustro de la iglesia conventual cuando no pudo salir la procesión porque llovía. Pero es incapaz de escribir el lenguaje utilizado por aquellos mozos, casi unos adolescentes, un grupo donde se incluía y que hablaban como él no puede escribir.

Se quedó algo corto con el riego y va a repasar las macetas traseras. Hay que ver qué estirón ha pegado el cactus enano. No parece el mismo.

El anciano escritor quería parecer ajeno a los avances tecnológicos. Aceptaba el ordenador, pero solo para escribir. Y el gran avance era que no tenía que corregir como antes ni tachar ni volver a reescribir el folio, no jugaba con las posibilidades lúdicas que le ofrecía el ordenador, nunca utilizó internet, pero le encargaba a su leal compañera que abriera el correo y le comentara si había algo interesante. Amanda era una especie de *community manager* de andar por casa: se ocupaba de la correspondencia, la postal y la virtual; contestaba al teléfono fijo y al móvil; disculpaba al maestro, como lo llamaba en público, mientras, despojado de aparatos y cachivaches, él se jactaba de no utilizar la red, de no tener teléfono de bolsillo, que así lo llamaba para referirse al teléfono celular. Desde los treinta años tuvo coche, aunque él no lo condujera, que siempre tuvo a su lado a quien lo hiciera por él, y ahora, con internet, con Twitter y con el *smartphone*, Amanda lo tenía al día en las vanguardias de comunicación. Su singular secretaria le evitaba comentarios en las redes sociales a la vez que suplantaba su perso-

nalidad y respondía en ciento cuarenta caracteres de forma muy ingeniosa.

Le gustaba mucho viajar, pero ya casi no lo hacía, manteniendo que ya no quedan lugares a los que merezca la pena ir, o volver en último caso, y estimaba que, antes de morir, como si supiera la fecha, estimaba que antes de morir tenía que despedirse de cuatro o cinco ciudades que marcaron su vida y fijaron temporalmente su residencia. Iría de nuevo y por última vez a París, a Roma, a Berlín y a Lucca, tal vez habrá que añadir alguna otra, y cuando llegue la gira promocional de la novela visitará Sevilla y Valencia, Compostela y A Coruña. Viajar por viajar era lo que ahora entendía por coger carretera y manta y llegar a San Sebastián o a Cádiz, pongo por caso, y eso correspondía en su orden de prioridades al pasado. Tampoco le apetecía, y evitaba, aceptar invitaciones para el otro lado del mar, su amado Buenos Aires y su querida Nueva York ya habían sido borrados del mapa de lugares donde volvería a estar.

Una tarde del primer otoño, del que pinta de magenta el cielo y tiñe de ocre los campos, tuvo una de esas raras conversaciones personales con Amanda, y fue ella la que le contó que su amante le prometiera llevarla a Toledo, lo que nunca hizo, y el viejo se conmovió con la confidencia y encargó dos billetes de tren y dos habitaciones en el parador a su nombre, y aquel fin de semana se fueron los dos a Toledo y rejuvenecieron. Fue a principios del mes de octubre pasado.

No le gustaba hablar de las ciudades que conoció. Contar los viajes. Solo y muy raras veces refería anéc-

dotas de personajes que dieron vida a los lugares en donde estuvo. Eran historias apócrifas, falsas, producto de su fantasía, que en ocasiones tenían como referencia una base cierta; contaba, por ejemplo, que en tiempo de su primera estancia en Buenos Aires cenaba un día sí y un día no con Borges y Bioy en La Biela, y la realidad era bien distinta. Estuvo en una ocasión cenando en La Biela, pero con el jefe de cultura de *La Nación*, después de morir Borges, al que conoció en un simposio de escritores que se celebró en París, y luego mantuvieron una relación epistolar a través de cartas que Jorge Luis le dictaba a María Kodama en respuesta a las eminentemente descriptivas que le enviaba desde Madrid y en las que le contaba lo que comía en Casa Botín, Lucio, Jai Alai o en el restaurante segoviano Cándido, los automóviles que subían y bajaban por la Gran Vía y la construcción de nuevos barrios en la periferia de la ciudad, temas que, como resulta obvio, no eran ni mucho menos del interés del maestro porteño.

No hurtaba contar decesos, realizar obituarios de compañeros escritores fallecidos o enfermos. Sería interesante para leer una singular crónica de España editar la correspondencia mantenida con diversos escritores de la generación de los cincuenta a la que se adscribía aun sin ser poeta y renegar de la poesía.

Lo cierto es que adoraba a Borges desde que coincidieron en París y caminaron por la Rive Gauche en una noche de abril. Sostenía que, entre las obras maestras del siglo, había que incluir, sin duda, *El Aleph*. A Bioy no llegó a conocerlo.